



Revista Clínica Española

www.elsevier.es/rce



NOTA SINGULAR

Observar... y contar

Observe... and count

J. Martínez López de Letona

Profesor Emérito, Departamento de Medicina, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, España

Nuestra promoción de Medicina (1952-59) fue la primera que disfrutó de un plan selectivo de 7 cursos y que tan solo duró ese tiempo (se diría que, como en El Castillo de Kafka el guardián silencioso se limitaba a esperar a que saliéramos de la Facultad para, una vez vacía, cerrar la puerta para siempre). A la vez, fue favorecida al terminar por la iniciativa de Don Carlos Jiménez Díaz (fig. 1) de ofrecer 10 plazas de médicos internos para aprender la especialidad de Medicina Interna en su casi recién nacida Clínica de la Concepción. La remuneración que el puesto conllevaba se limitaba a un rancho cuartelero a mediodía y la jornada, de lunes a sábado, no tenía límites prefijados. Eso sí, el trato recibido por parte de nuestros maestros, que lo fueron todos los médicos de la institución, fue excelente, como de auténticos compañeros, comprensivo, cariñoso y atento. Gracias a ellos aprendimos mucho, con gran esfuerzo y con poco dolor.

De nuestro grupo de 10, unos cuantos (recuerdo concretamente a José Ortiz Berrocal, Gonzalo Marín Hernández, Andrés Sánchez Cascos, Manolo Serrano Ríos y José Luis Herrera Pombo) solíamos comunicarnos casi a diario nuestras experiencias, resaltando el valor de las novedades (para nosotros lo eran casi todos los enfermos, como puede fácilmente suponerse) que nos mostrábamos con orgullo unos a otros. De entre las muchas habidas, selecciono una anécdota que me atrevo a calificar de incruenta, ya que ni el enfermo ni los médicos sufrieron más de lo imprescindible:

Una mañana, vino a verme un Gonzalo Marín emocionado, que, sin decir una palabra, me llevó a la cabecera de una de las camas de su Servicio, donde yacía un varón de edad media y buen aspecto, al que le dijo: «Abra la boca, por favor, para que le vea el Dr. Letona». Con sorpresa de novato vi que su paladar blando se movía con regularidad, en contracciones rítmicas, y Gonzalo me explicó: «Es el



Figura 1 Don Carlos Jiménez Díaz, fundador de *Rev Clin Esp* (año 1948) y creador de la Clínica de la Concepción (Fundación Jiménez Díaz).

Correo electrónico: juan.martinez@uam.es

primer caso que veo de aneurisma de la carótida interna, que es el que empuja al paladar blando en cada latido. Mañana toca visita de Don Carlos, y con él vendrá Don Eloy con el corrillo habitual. Verás qué sorpresa se llevan. ¿Por qué no vienes también?».

A la mañana siguiente, me situé a respetuosa distancia de los grandes jefes. Don Carlos, como hacía muchas veces, tomó cariñosamente en su mano izquierda una de las del enfermo que le había orgullosamente presentado unos minutos antes Gonzalo Marín, al tiempo que observaba el movimiento del velo palatino. Tras mirarnos con comprensión afectuosa a Gonzalo y a los jovencitos que le acompañábamos, se volvió a Don Eloy y le dijo: «Eloy, el corazón late a 68 y el paladar bate a 120 por minuto, luego...». Inmediata respuesta de Don Eloy «No puede ser un latido transmitido de la carótida. Debe tratarse de una mioclonía palatofaríngea».

Por primera vez oía hablar de ese raro trastorno neurológico, pero eso es lo de menos. Lo importante es que aprendí para siempre dos cosas: la primera que no hay que dejarse

llevar por una inmediata e intuitiva impresión, sino que ésta debe ulteriormente confirmarse en la medida de lo posible y la segunda, que el médico debe siempre escuchar y observar hasta los más pequeños detalles. Creo que para ello no hay ningún especialista mejor preparado que el internista general.

La vida me ha enseñado que la inmensa mayoría de los errores médicos se deben, no a la dificultad de cada caso, sino a haber ignorado un dato obvio bien en el interrogatorio, bien en la exploración.

La experiencia se basa en la capacidad de aprender de los errores. Así pues no basta una dilatada práctica para configurar un buen profesional (y no me refiero solo a la Medicina).

Don Carlos y Don Eloy, excelentes internistas ambos, sabios y tolerantes con nuestra inmadurez, junto con los Dres. Perianes y Peláez y otros muchos de la misma Escuela, han contribuido con su ejemplo a fijar para siempre mi forma de ejercer la Clínica Médica, a la que desde entonces he procurado ser fiel.